



RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

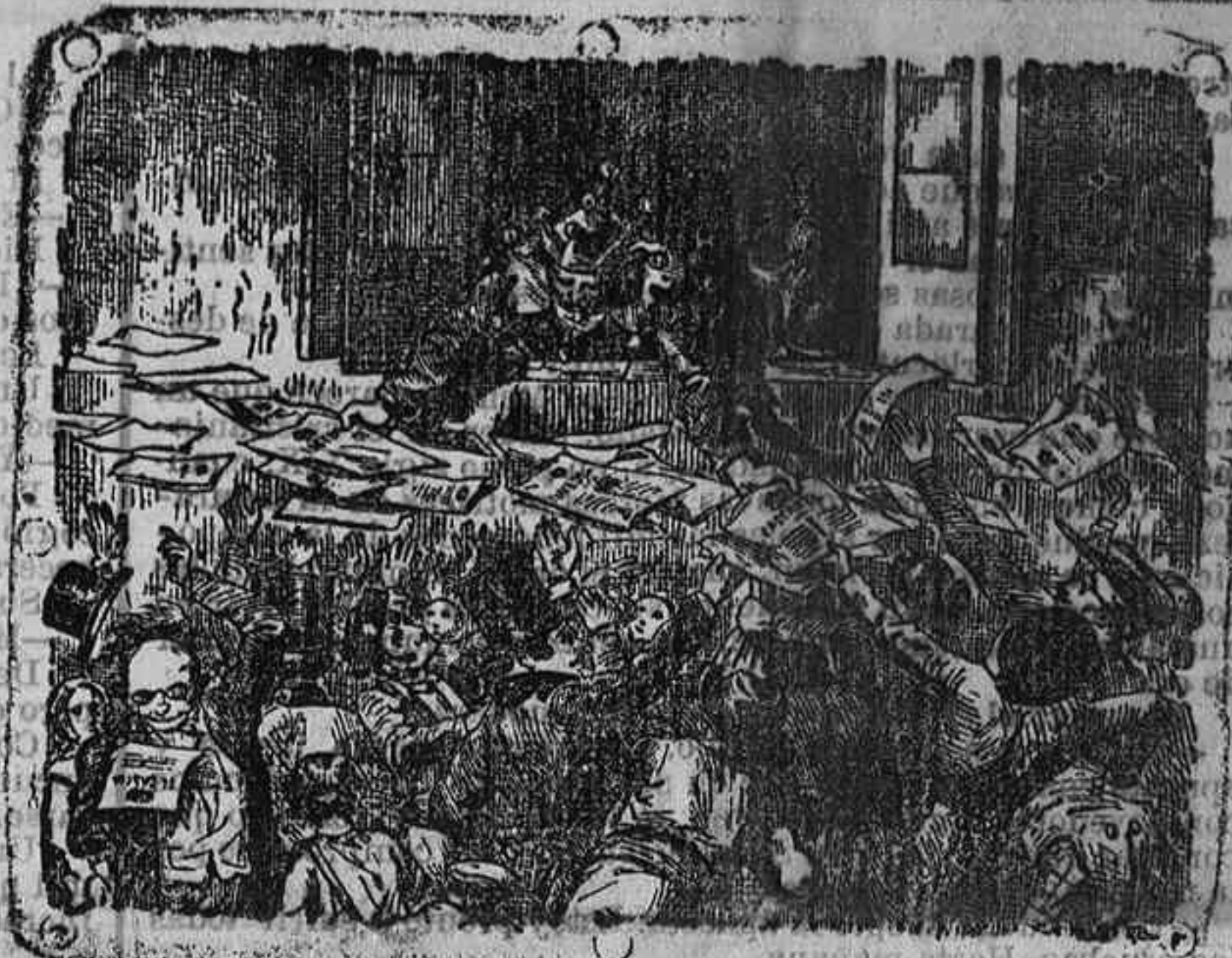
PRECIOS.

Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAL.

Tres meses. 10 rs.
Seis idem. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »
Francés.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo...

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

CARTAS AL REY.

I.

Muy señor mio (todavía no) y estimado candidato: Hánme dicho que pretenden unos señores que hay aquí en esta noble tierra, ofrecer el trono vacante a V. M., a quien me parece que le gusta tanto subir a un trono como a mí estar tronado...

Vuestra majestad es una buena persona, tiene para vivir, vive cómoda y alegremente en ese paraíso de Cintra, los portugueses le estiman y nada le falta para ser feliz, según tengo entendido, aunque eso mejor lo sabrá V. M. que yo.

Un amigo mio definía el matrimonio de esta chusca manera:

El primer día, decía, es el mas dichoso de la vida, el segundo se pasa bien, vamos, no se puede quejar uno, y el tercero, ¡oh! el tercero... ya empieza uno a tener ganas de pegarse un tiro.

Lo mismo le sucederá a V. M. si viene a reinar.

El primer día, ya verá V. M., muchas muchachas por las calles, muchos arcos con sus inscripciones, sus dísticos y sus letras torcidas, y sus farolillos de colores, y sus banderas de percalina; gran comida en Palacio, una corrida de toros en la que se brindará por V. S. y la compañía, el himno de Riego a toda hora del día, y unos cuantos discursos de Olózaga, con acompañamiento de légrimas, de Rivero, de Sagasta, de Ruiz Zorrilla y de Figuerola; presentación del Ayuntamiento y Diputación, comisiones de la Milicia, de los estudiantes, de las artes y oficios, del clero, de los pobres de San Bernardino, de las damas de mas fuste que se encuentren en Madrid a la sazón, y lectura de unas cuantas poesías que dedicarán a V. M. todos los poetas empleados y alguna poetisa monárquico-democrática, que se permitirá llamar a V. M. Pelayo, ó Gregorio Necianceno, y hablarle de Vasco de Cama y de Camués y de la Sifca y otros escesos naturales.

En fin, el primer día lo pasará V. M. un poco aburrido, pero, vamos, la novedad lo hará soportable, y con el cansancio cubrirá V. M. el sueño en cuanto se meta en la cama, y soñará que todavía se halla en aquella deliciosa de Cintra.

El segundo día seguirán las presentaciones; a poco que le hayan gustado a V. M. los toros del primer día, le darán otra corrida, y habrá función régia en la Zarzuela, donde verá V. M. Los Diamantes de la corona y En las astas del toro ó en el Español, donde Mariano Fernandez le representará a V. M. El héroe por fuerza. Por supuesto volverá V. M. a convidar a su mesa a los ministros, a Olózaga, a Rivero y a todos los demás amigos, bienhechores y testamentarios de V. M.

El tercer día oír V. M. que hay partidas carlistas, que los habelinos dicen que V. M. no les conviene, que se sospecha de tal personaje, que tal periódico cuenta una historia escandalosa, que todo el mundo la atribuye a V. M. que a Figuerola se le ha ocurrido un nuevo empréstito y otra contribucion, que en tal pueblo los republicanos gritan: ¡abajo el rey! que Fulanito, gran personaje, está picado porque en la comida del día anterior, dió V. M. a otro personaje una aceituna de la reina, y a él solo se la dió V. M. de manzanilla, que lamiseria mas española reina en Madrid, que ha habido una sublevacion en tal

ó cual punto, que venden clandestinamente caricaturas en que V. M. aparece en una actitud ridicula, que se murmura de la amistad de V. M. con este ó aquel, etc., etc...

Y despues, ¡qué de intrigas, qué de pretensiones, qué envidias, qué adulations miserables! Los partidos se lo comerán a V. M., porque es una tontería suponer que no vá a haber partidos. ¡Vaya si los habrá! lo mismo que antes... Mientras V. M. sostenga a un partido en el poder, cuente V. M. con él; cuando dé V. M. el poder al contrario, ya puede contar V. M. conque los demás partidos son anti-dinásticos.

Las cosas malas que hagan los gobiernos se las achacarán a V. M., y las cosas buenas que V. M. les inspire se las apropiarán ellos. Si V. M. es católico, como supongo, los libre-cultistas comentarán sus visitas a la iglesia ó su costumbre de rezar el rosario; si no visita V. M. las iglesias y no manifiesta públicamente su amor a la religion, los devotos exagerados le mirarán poco menos que como a un hereje.

¿Y la vida privada?... ¡Cree V. M. que le respetarán en su vida privada?... ¡Digo! y con la fama de viudo alegre, y V. M. perdone el modo de señalar, que tiene adquirida V. M., ¡quién puede hacer callar a las malas lenguas? No podrá ir V. M. a un teatro sin que le supongan interesado en el presente y en el porvenir de la dama jóven ó por lo menos de la segunda graciosa?... Y si vá V. M. al circo ecuestre, le supondrán subyugado por los irresistibles encantos de aquella señorita Eufrosina que salta los aros de papel, y que al pasar por delante del palco de V. M. se cae siempre,—de tal manera le deslumbrarán los augustos ojos de V. M.

¡Ay, señor, qué vida le espera a V. M.! Desde el jefe de partido hasta el extirpador de callos, todos serán contra V. M., todos conspirarán a que V. M. no tenga momento de reposo en que poder dedicarse al violin, que me han dicho que lo toca V. M. con extraordinario primor, y al casto amor de la esposa que, según dicen, tiene ya V. M. paisana, por cierto de una chica de cerveza (1).

Haciéndole están a V. M. una Constitucion a su medida, por la cual se le declara irresponsable é inviolable. Ya verá V. M. cómo despues de todo, se componen de tal manera los políticos que le rodearán, que V. M. vendrá ser el único responsable.

V. M. estimará ó no mi consejo, según le acomode; si viene V. M. a reinar, sea en horabuena, y ¡ojalá no se arrepienta V. M. antes de mucho! Si le dicen a V. M. que es popular su candidatura, conteste V. M. que solamente es popular entre los progresistas que mandan, y que escamados de lo que les ha sucedido siempre, por no saber ellos gobernar, han querido ganar por la mano la eleccion de rey, eligiendo a V. M. que parece tener todo el corte progresista.

Yo no entro ni salgo, V. M. no me verá el pelo nunca, y yo puede que no conozca a V. M., aunque reine cien años y yo los viva, pero sé que es V. M. muy buena persona, y siento verle metido en este mal paso.

Sin mas por hoy, consérvese V. bueno, espresiones a la señora y tenga por su seguro servidor que su mano besa, a Un español que ni quiere ser portugués, ni francés, ni italiano, y que ni quita ni pone rey, ni ayuda a ningún señor.

ASTRONOMIA.

—Amigo D. Práxedes: le hallo a V. meditabundo. ¿Está V. formando algun calendario?

Este señor no es D. Práxedes que goza la cartera de Gobernacion, sino un astrónomo muy profundo en la ciencia que profesa, y que, por otra parte, no puede hoy equivocarse con el señor Sagasta que estará descansando de las fatigas de su cacería.

—Diga, que le encuentro a V. muy abstraído.

—Ah, sí; dispense V., D. Rufo, la lectura de un periódico me ha preocupado un poco, y estaba examinando el horizonte político, que no siempre se ha de pronosticar el mal tiempo mirando al cielo y estudiando los fenómenos atmosféricos.

—Hombre; pues me alegro mucho, con eso me dirá V. cuánta

(1) Alemana.

les son sus vaticinios; pues aunque no debe creerse en el calendario como en los artículos de la fé, sin embargo, algunas veces dice la verdad.

—Pues señor, mi calendario reza un tiempo borrascoso.

—¿Sí, eh?

—Sin remedio. Por de pronto tendremos un eclipse total.

—Eso es muy curioso.

—El dinero no se verá en ningún punto de la península, porque se interpondrán el miedo, la desconfianza y otros astros demasiado opacos y tenebrosos.

—¿Cáscaras! Y cómo andará la cosa pública?

—A oscuras, ó lo que es lo mismo, a tuntas y sin luz, ó mejor dicho, sin dinero. Considere V. la situacion presente, y estoy seguro de que convendrá V. conmigo en que para adivinar la totalidad del eclipse no se necesita saber astronomía.

—Explíquese V., amigo mio.

—Ya sabe V. que el Tesoro no tiene hoy fondos para atender a sus mas perentorias necesidades.

—Sí señor, lo sé.

—En tales circunstancias, lo mas preciso, lo mas urgente, consiste en la adopcion de medidas heroicas que tiendan a aumentar los ingresos y a disminuir los gastos. Esta doctrina es vulgarísima, y la sabe mi persona tan bien como el señor ministro de Hacienda.

Respecto a las economías no podemos quejarnos; ya no se paga al clero parroquial, ni a los maestros de escuela, ni a los empleados de beneficencia, ni a otras clases que dependen del Estado; de esta manera los que no cobran sus haberes economizan tambien las judías, el arroz, el chocolate, y concluirán por economizarse a si mismos. Pedir mas, fuera gollería, y por eso no hablaré de la Caja de Depósitos, ni de la Deuda pública, ni de las otras bagatelas, pues con lo dicho basta para dar una idea del plan económico del Poder Ejecutivo.

Hablemos, pues, de los ingresos. El Sr. Figuerola, cuando tomó posesion de la cartera de Hacienda, sabia que el país habia clamado contra la contribucion de consumos, tambien oyó pedir la abolicion de las quintas, y como es tan complaciente, dijo a coro con sus compañeros: «Abajo los consumos.» «Abajo las quintas.»

El pueblo soberano aplaudió sin reparar la palidez mortal de la Hacienda.

Don Laureano dijo entonces para su cartera: «Todo va muy bien, pero yo necesito dinero», y a los pocos dias nos propinó el nuevo impuesto de la capitacion.

—Muy bien pensado; de alguna manera ha de atender a cumplir las obligaciones de la nacion.

—Sí señor, así lo creía yo; pero veo unas nubecillas en el horizonte de la política.

—¿Y qué traen esas nubecillas?

—Agua, no para regar nuestros incultos campos, sino para aguar las esperanzas del ministro; porque el país no podrá soportar el nuevo impuesto, porque las discordias de los partidos y la vida política ha matado a la agricultura, a la industria y al comercio; porque todos somos pobres y porque, y esto es lo peor, el que tiene algun capital se lo lleva fuera de España.

—Esa es una picardía.

—Sí señor.

—¿Y dígame V., puesto que la capitacion es mas difícil de pagarse que el impuesto de los consumos, no sería mejor restablecer estos?

—Este era antaño el mal menor; pero ogaño sería otra cosa. Figúrese V. que cuando se suprimieron los consumos bajó un poco el precio de los comestibles y artículos de primera necesidad; pero estamos seguros de que si entonces bajaron como dos, el día en que se establezca aquel impuesto subirán como ocho, y el pueblo no consumirá porque no tendrá dinero para comer, y ayunará ahora que salimos de la cuaresma, y se dejará sacar las muelas antes que pagar el impuesto; y bien mirado, para qué quiere muelas el que no tiene que mascar?

—¡Hombre V. me asusta!

—¿Y no ve V. aquí el eclipse total?

—Sí señor, y veo tambien otra cosa.

—Diga V.

—Veo al señor Rivero, ó a los dependientes de la municipalidad conduciendo a San Bernardino al ministro de Hacienda.

—Bien puede suceder, pero no crea V. que el eclipse durará



eternamente, no faltaba mas: cuando venga otra vez el rey á España.

—¿Y quién será ese rey?  
—El mismo de siempre, el dinero; y no se canse V. en pensar otra cosa, porque es indudable que el que tenga mas pesetas ó francos, ese tendrá mas razon.

—¿Es posible!  
—Si señor. Dirija V. una mirada hácia la frontera de Francia, mire aquellas nubes y confirme V. el juicio que he formado en mi calendario.

—Efectivamente, allí veo á Júpiter tonante con la caja de truenos en la mano y al planeta Marte calzándose las espuelas.

—Si señor, habrá truenos, relámpagos, la atmósfera se cargará mas y mas de electricidad, y en medio del ardoroso ambiente que ha de rodearnos, el pueblo sensato sentirá un frio glacial, cada vez que considere la ceguera de los hijos de una misma madre ocupados en destruirse y en malograr las esperanzas que debiera prometerse de ellos.

De modo que no espera V. nada de los liberales.  
—En eso estaba pensando; pero veo tambien nubes hácia el Mediodia. Mire V. mire V. esas provincias donde el socialismo va echando raíces. Los vientos de la anarquía empiezan á reinar allí, y secarán el árbol de la libertad si Dios no lo remedia.

—Válgame el cielo, amigo D. Prágedes; los calendarios que usted hace son horriblosos.

—Sin embargo, no hay que desesperar; porque todavía distinguo yo una estrella en el horizonte, que si luciera con mas brillantez, podria ser la de nuestra salvacion.

—Lléveme el diablo si yo veo otra cosa que mil nubecillas negras que parece que traen sotana y diria que eran gentes de iglesia, si no temiese confundirme con los que aborrecen al clero y cometen la sinrazon de atribuir á toda una clase respectable el fanatismo de algunos de sus individuos.

—No me estraña que no vea V. el astro que le señalo, porque los humos de la ambicion, del egoismo, del pancismo, del santonismo, del charlatanismo y de otros pestilentes vapores que tambien acaban en ismo, le ocultan á nuestra simple vista. Para ver el planeta «Amor pátrio» es necesario ponerse los anteojos.

—¿Acabará V. si el amor pátrio puede bastar para conjurar la tormenta y restaurar nuestro crédito ya podemos decir que se salvó el país. ¿Quién se apura en una nacion donde todos somos liberales y patriotas? Vaya, D. Prágedes, V. es un astrónomo para profetizar desdichas, y muy propenso á desacreditarnos.

—¿Si eh? ¿Cuántos cree V. que son los que aspiran á obtener los destinos de la nacion?

—Son innumerables, y eso mismo es una prueba del afan que todos tenemos por servir á la patria, y por cobrar un sueldo.

—Pues no son esos los que mejor han de hacer para salvarla. De cualquier modo, y prescindiendo de ellos, digo á usted que la atmósfera pudiera despejarse.

—Hombre me alegraría, porque de lo contrario será cosa de abrir el paraguas ó de emigrar de este país.

—Figúrese V. que todos esos que se llaman liberales, leen mis calendarios, y penetrados de los peligros que yo les anuncio, empiezan por unirse fraternalmente, no oponiendo obstáculos á la marcha de la Asamblea constituyente. Figúrese usted que se vota muy pronto la Constitucion proyectada, con las modificaciones que necesita, que se discuten los presupuestos con igual premura, y que durante estos trabajos el orden es la suprema ley de los pueblos. Figúrese V...

—Muchas cosas quiere V. que me vaya figurando.

—Todo puede suceder. Pues como decía: figúrese V. que se encuentra alguna solucion para la cuestion de Hacienda, que se disminuye el número de los empleos y que los empleados trabajan mucho.

—¿Hum!

—Y figúrese V. por fin que de tales trabajos, resulta una situacion benefica para todas las clases de la sociedad, y muy especialmente para las clases productoras é industriales.

—Yaya, vaya. Ya voy viendo que ahora empieza V. á soñar.

—No lo crea V. Todos nuestros males han procedido de una sola causa, que es la inmoralidad, el desacierto de los gobiernos. Preséntese un hombre que acierte á encaminar nuestra marcha política y social, y él solo podrá bastar para conseguir la estincion de todos los abusos, la muerte de todas las ambiciones hijas de nuestro inconsiderado egoismo; y finalmente, el remedio de todos nuestros males. Un buen gobierno puede hacer renacer y prosperar á un país desventurado de la misma manera que un mal ministro puede derribar para siempre en el polvo á la nacion mas próspera é ilustrada.

—Todo eso va muy bien. Demasiado sé que todos queremos moralidad, justicia y empleo.

—Empleos hay para todos en las fábricas, en los talleres, en los campos y en las casas de comercio. Si los españoles comprenden esto y son estudiosos y trabajadores, en vez de servir á las intrigas de los políticos, entonces brillará el astro que hoy miramos oscurecido y las nubes borrascosas retrocederán y se disiparán las nieblas de la ignorancia, los huracanes de las pasiones políticas serán impetentes...

—No diga V. mas y tendremos dinero en esta vida y logremos la vida eterna en las mansiones celestiales. Esta astronomía es la que mas me gusta.

—Amigo mio, yo le digo á V. mis pronósticos; pero á fin de salvar mis errores, añado como todo astrónomo: «Dios sobre todo.»

LA CONVERSION DE UN ATEO.

No os irriteis nunca, no os indignéis contra los que sin necesidad se empeñan en demostrar que no creen en Dios y que comen de carne los viernes de cuaresma.

Aunque los veais pasar en semejantes dias delante de vos-

otros, cargados de jamones no les téméis; y sino prueba al canto.

Hace poco salia yo de un teatro con dos escritores.

La comedia que acabábamos de ver representada era magnífica y uno de mis amigos exclamó:

—No hay como el cristianismo para inspirar grandes sentimientos, generosas soluciones á los poetas.

El otro camarada despues de mirar con una especie de desprecio á su interlocutor, se volvió á mí y me dijo:

—Hé ahí la égide de la hipocresía. Mentira parece que un hombre que escribe esté tan atrasado. ¡Crear en el cristianismo! ¡Hablar de Dios á la edad suya, en pleno siglo XIX, cuando la ciencia enseña á todos las fuerzas motrices de la naturaleza, produciendo por sí solas los mil fenómenos de la composicion y la descomposicion, cuando el orden inmutable de las cosas hace que sigan fatalmente su curso! Es preciso vivir en una aldea, ó no tener un átomo de sentido comun para hablar de ese modo.

Mi amigo el creyente en vez de incomodarse:

—Mañana nos veremos, le dijo, pasaremos el dia juntos y apuesto cualquier cosa á que en presencia de los espectadores conmovedores que te haré ver no tendrás mas remedio que confesar que existe Dios. Si tal no sucede, me comprometo por la noche á declararme ateo.

—Desde luego acepto la apuesta. Estoy pronto á sufrir todas las pruebas. Hasta mañana.

—Hasta mañana, pues.

Aquella escena que habia empezado á desarrollarse ante mí picó mi curiosidad, y al dia siguiente me asocié á los dos contenciantes.

Llamé por su nombre á mis amigos.

Juan el cristiano.

Pedro el ateo.

Nuestra primera visita fué á la iglesia.

Precisamente acababa de predicar un eclesiástico de elocuencia asombrosa.

Era amigo de Juan y, despues de haberle oído, entró con Pedro y conmigo en la sacristía y dirigiéndose al eclesiástico:

—Presento á V., le dije despues de saludarle, á un pecador endurecido en el ateísmo, solo un milagro puede salvarle.

En aquel momento otro sacerdote que estaba en el altar mayor presentaba á mil personas arrodilladas y contritas el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la Custodia.

—Caballero, dijo el predicador, el dueño de esta casa, que está muy ocupado, me encarga recibirle á V. En este instante dá audiencia á mil personas que, como V. vé, están arrodilladas en su presencia. Esas mil personas le sienten en su corazón, y le adoran.

Despues de ofrecernos aquel grandioso espectáculo volvió con nosotros á la sacristía.

Enseguida, dirigiéndose al incrédulo, comenzó á exponerle las doctrinas del cristianismo de tal manera, que cuando ya no tuvo qué contestar, sacó la petaca y ofreciendo un habano al eclesiástico:

—¿Fuma V., le dijo. En la América fuman los curas.

—Amigo mio, respondió el eclesiástico, aquí no se respira mas humo que el del incienso.

Juan comprendió que nada habia adelantado Pedro en su conversion, y abandonamos la iglesia.

Desde allí fuimos al hospital.

Nos recibió un practicante, el cual nos habia hablado muchas veces de una hermana de la caridad á quien en la casa veneraban como una santa.

Era, en efecto, un ángel por su dulzura, su paciencia, su abnegacion.

Su presencia sola consolaba á los enfermos.

Al penetrar en uno de los dormitorios la vimos arrodillada delante del lecho de un anciano, cuyas úlceras curaba.

El olor fétido y el aspecto de las llagas, produjo en nosotros un efecto deplorable, y sin embargo, en presencia de aquella hermosa mujer que solo pensaba en el sufrimiento de aquel desgraciado, nos unió á ella con lazos invisibles.

Tenia un atractivo inexplicable.

—¿Qué te parece eso? pregunté á Juan.

—Sublime, contestó.

—Pues á mí me parece muy guapa, dijo Pedro, y se lo voy á decir.

Le detuvimos indignados.

—Salgamos, dije yo.

—Como quieras; dame el brazo, dijo Pedro.

Juan iba murmurando en voz baja:

—¿Qué hombre! ¡No hubiera creído que fuera tan insensible!

—Lo que yo no creí nunca, dije á Juan, era que te desanimases tan pronto. Ten cuidado; te has propuesto conmovier á Pedro, y hasta ahora él es el que te ha conmovido á tí.

Nos fuimos al Retiro, y al llegar cerca del estanque, vimos una porcion de gente que se asomaba á las barandillas con la mayor agitacion.

Un niño que echaba pan á los peces se habia caído al agua, y en el momento en que llegáramos nosotros, un hombre del pueblo se arrojó para salvarle.

Juan y yo no pudimos menos de conmovernos.

Cuando el hombre del pueblo ofreció á la pobre madre el niño á quien ya creia muerto, hasta se nos saltaron las lágrimas de los ojos como á los demás circunstantes.

La pobre madre no sabia cómo pagar aquel sacrificio.

—¿Qué dices de eso? pregunté á Pedro.

—Debe haberse enfriado en el agua ese hombre; estamos á cinco sobre cero.

—Pero, no ves en ese acto, exclamó Juan, una prueba de la fraternidad divina que une á los hombres? ¡No te demuestra la existencia de Dios?

—Lo que á mí me parece, dijo Pedro, es que ese hombre no debe tener un cuarto y como se sabe que de cuando en cuando se dan premios á la virtud, para ver si alcanza alguno de ellos ha cometido esa heroicidad.

Despues de oírle hablar de esta manera, Juan desmayó por completo.

Seguimos paseando silenciosos y al anocheecer:

—Me has vencido, dijo Juan. Despues de haberte visto insensible ante los espectáculos que he presentado á tu vista, casi creo que tú tienes razon.

—Déjate de tonterías y entremos en el café.

Así lo hicimos, y á pesar de hacer frio se empeñó Pedro en tomar un sorbete.

—Hombre, que te vá á hacer daño, dijo Juan.

—¿Qué me ha de hacer daño!

—No seas tonto.

—Si es mi destino el morir de resultas del sorbete moriré y si no, no.

Continuamos hablando de religion y Pedro desbarró de lo lindo.

¿Qué atrocidades dijo! No quiero repetirlas á mis lectores.

A cosa de las nueve:

—Me siento un poco mal, dijo Pedro; vamos á dar una vuelta.

A los diez ó doce pasos:

—Pues señor, me ha hecho daño el sorbete, dijo; tengo un dolor muy fuerte. Me voy á casa.

—Te acompañaremos, le digimos.

—No será malo, por lo que pueda suceder.

Los dolores arreciaban.

Todos los sintomas de un cólico se marcaban en él.

Al llegar á su casa se arrojó sobre el lecho desesperado. —¿Qué dolores tan atroces tengo! exclamó, llamar al médico.

El médico vino en seguida.

—Está tan malo que temo por su vida, dijo el doctor. Mientras nos hablaba de este modo:

—¡Dios mio! ¡esclamaba el enfermo, ¡ay! ¡Dios mio! ¡apiadaos de mí! ¡Esto no es posible soportarlo!

Los medicamentos no produjeron al pronto efecto alguno.

Una hora despues estaba tan abatido, que llamándonos en medio de las convulsiones que experimentaba:

—Yo me muero, exclamó, llamado al confesor.

Poco despues comenzó la reaccion, se calmaron los dolores, cogió el sueño y por la mañana al despertar nos halló á la cabecera de su cama.

Su primer saludo fué decirnos:

—Me he salvado por milagro.

Desde entonces sigue diciendo á todo el mundo que es ateo, pero él mismo no lo cree ya.

Conque así, pues, lo mejor que deben Vds. hacer cuando encuentren un tipo como el que acabo de describir, es no apurarse.

Un simple cólico, la mas insignificante circunstancia de las mil que hay en la vida, echan por tierra todo el edificio de la incredulidad.

CASCABELES.

La candidatura de D. Fernando de Coburgo es aceptable solamente por lo que pueda facilitar su triunfo la realizacion del pensamiento de la union ibérica.

Pero es necesario que España tenga garantías de que esa union se facilitará como creen los coburguistas, y para esto nada mas natural que declarar principe de Asturias al rey de Portugal, al mismo tiempo que se llame á su padre al trono de España, pues no tendria gracia que se declarase, por ejemplo, que el inmediato sucesor de D. Fernando era su hijo D. Augusto, con lo cual nada se habia adelantado.

Por supuesto, que dado el amor que nos tienen los portugueses, no le arrendamos la ganancia al bueno de D. Luis si aquí le hacen principe de Asturias.

Parece que el señor Figuerola continúa empeñado en cobrar la capitacion.

Parece imposible que por amor propio, por no decir francamente: —Señores, me equivoqué—se quiera hacer una cosa contra lo que se pronuncia el país entero.

El gobierno quiere cobrar la capitacion.

El pueblo no puede pagarla.

¡Que pongan otra vez los consumos!

¡Arriba los consumos!

Entré el otro dia en el Congreso á tiempo que oí decir que el gobierno habia dado un *camelo* á la nacion.

¡Viva el rumbo! me gusta á mí la franqueza y el aquel que hay ogaño en las Cortes. *Ca uno ise* su sentir, pongo por caso, y en *guasa* se le pone á cualquier *ministro colorao*, aunque me esté mal el decirlo, y el que es un *fallon* tiene que aguantarse por la buena.

El domingo salieron las procesiones de costumbre para llevar el Viático á los enfermos impedidos de salir de casa. Músicas y compañías del ejército asistieron como siempre á este acto solemne, y el vecindario adornó los balcones.

Se proyecta pensionar á todas las viudas y huérfanos y heridos que lo sean á consecuencia de la revolucion que empezó el 3 de enero del 66.

¡Pues apenas será larga la lista!

Suponemos que se darán pensiones tambien á las viudas y huérfanos de los que han muerto en el bando contrario.

El gobierno portugués ha mandado desmontar la artillería que guarnece las plazas limítrofes con España, y llenar las piezas á Lisboa.

¡Gracias á Dios! ¡nos perdonan la vida!

Parece cosa resuelta que se ofrecerá el trono á D. Fernando de Portugal.

Alfonso, hijo mio, no llores y sé bueno y aplicadito, y aprende á ser mas liberal que papá y mamá.

Hemos oído á muchas personas decir que prefieren á Espartero para jefe del Estado si el ministerio y las Cortes se deciden por D. Fernando.

Nos parece que esa idea no disgustaria del todo al general Prim.

Hace algunos años fueron á un pueblo de la provincia de Búrgos un prestidigitador y su señora, que tambien sabia de escamoteo.

Anunciaron una funcion única, y al llegar la hora de empezar no habia en la sala mas que seis personas, total seis pesetas.

El matrimonio dió su funcion, y terminada, el marido se dirigió al ilustrado público:

—Señores, agradecidos á que hayan venido Vds. á honrarnos, tenemos el honor de convidar á Vds. á una cena que les tenemos preparada.

Aceptaron los concurrentes, y el dia siguiente dieron los esposos otra funcion. Mil personas acudieron á soltar la pesetilla, suponiendo que habria cena como la de la noche anterior, de la que habian contado maravillas los seis espectadores.

Pero ya supone el lector que no la hubo.

Vamos, señor Napoleon, ya estará V. contentito.

Vamos á ofrecer el trono á D. Fernandito para darle á usted gusto, y mientras tanto sigue V. trabajando por D. Alfonso.

¿Le parece á V. todo esto muy bonito?

120  
no se a  
rdera.  
ejaba  
madre  
se deci  
amaba  
—Mi  
entera,  
faliz, t  
quiere  
usted a  
mi sol  
—mi h  
diga!  
Poe  
al pinto  
Per  
nazaba  
—Señ  
á V. es  
sagre  
eritar e  
compre  
Virgini  
merece  
ociend  
hay otr  
felicida  
la honr  
Mendon  
soñada  
puedo,  
Virgini  
cruce.  
—¡Oh  
há la m  
siento q  
sentimie  
—Señ  
debo de  
una áng  
pero al  
me impi  
—¡Ar  
—Si e  
mas des  
Y el  
historia  
há que



Espartero, por lo menos, evitaría la guerra civil, que no la...

Quiere V. hacerme el favor de proponer una economía? Si señor, con mucho gusto.

El actor italiano Salvini, que trabaja en el teatro de los Bufos, es una verdadera notabilidad y deben Vds. ir a admirarle.

Hemos recibido una carta firmada por un suscriptor, en la que nos habla de otra anterior que dice no hemos contestado.

Hemos recibido una carta cuyo autor, si no es autora, de- fiende el Ateneo de señoras.

Estos días ha circulado por ahí una caricatura repugnante que representa el suplicio de Prim, Serrano y Topete auxiliados por la señora monja y el señor obispo de Trajanópolis.

Diga V., si D. Fernando no acepta el trono ¿vendrá Montpensier? No señor, Montpensier no aceptará lo que desdigna D. Fernando.

Entonces, ¿quién vendrá? ¿el de Aosta? No señor, el pueblo no consentiría que se jugase ya tanto con él.

Hay algunos periódicos que suponen que don Fernando no aceptará la coronita; nosotros creemos que aceptará.

Las Cortes indultaron el sábado á un soldado que iba á ser pasado por las armas, por asesino.

¿Saben ustedes quienes son los que desean la venida del nuevo rey con ansia verdadera?

No, señor. Pues son los pobres jubilados y las infelices viudas y huérfanas que cobran haber por la tesorería de palacio, y no pueden lograr que se les pague lo que se les debe.

El rey que venga, por poca vergüenza que tenga, como dijo en su pintoresco estilo el señor Orense, no dejará de mandar que se pague á esos pobres, si es que para entonces no se han muerto de hambre todos, que ya no les falta mucho.

¡Ah! señora doña Isabel II, y última por ahora, ¿por qué no llamó V. á los progresistas cuando uno de sus periódicos dijo, que llamándolos, iría V. por un camino de flores?

Acaso V. estaría todavía repantigada en su trono, el primer antidinástico estaría de embajador en París, y ¡qué demonio! viviríamos.

¡Ah! doña Isabel, doña Isabel, lo que nos ha traído V. por hacer caso de los moderados y de los enemigos entonces y amigos ahora de los señores progresistas!

El gobierno y la mayoría de las Cortes se han decidido por D. Fernando de Portugal.

Bueno, pero el pueblo español, el pueblo á quien Rivero no dá té para celebrar el triunfo de ningún candidato, el pueblo que es el amo de Rivero y de Olózaga y de todos los políticos y politiquillos, de este repolítico país, tiene derecho á decir qué rey es el que prefiere.

¿Conque vendrá D. Fernando de Portugal? Pues le digo que se vá á divertir. Esto no es Cintra.

Al ver que el primer republicano de España, el que escribió el credo republicano en España, el que votó en las otras Constituyentes contra la monarquía, es uno de los principales propagandistas del nuevo rey, no me extrañaría ya nada ver al general mas monárquico de los monárquico-democráticos de Presidente de la República.

GEROGLÍFICO.



Imp. de EL CASCABEL, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

no se atrevería á pedir la mano de la rica heredera, de que su excesiva delicadeza le aconsejaba la mayor reserva, se decidió, ¡bendita madre! á hacer el gran sacrificio por su hija, se decidió á decir al hombre á quien aquella amaba:

—Mi hija es mi bien, mi felicidad, mi vida entera, pero no es feliz conmigo; con V. será feliz; tome V., pues, mi hija, mi fortuna; sino quiere V. vivir aquí con nosotros, llévesela usted á donde quiera; yo me quedaré sin luz, sin sol, sin alegría, pero tranquila, pensando —mi hija es feliz consumarido, ¡Dios los bendiga!

Poco mas ó menos, esto dijo la marquesa al pintor, con lágrimas de amor purísimo. Pero otro golpe mucho mas terrible amenazaba á la infeliz.

—Señora, dijo el jóven, no sé cómo pagar á V. esta prueba de afecto que me dá; toda la sangre de mis venas hubiera dado por poder escribir esta ocasion: hace días, señora, que he comprendido lo que pasaba en el corazón de Virginia, y crea V. que no he hecho nada por merecer y alentar ese amor, porque yo, reconociendo que el alma de Virginia es como no hay otra en el mundo, que su amor será la felicidad para quien lo sepa merecer, y que la honra que V. me quiere dispensar admitiéndome en su familia, es tan grande que ni soñada siquiera hubiese podido ser nunca, no puedo corresponder al amor de Virginia, ni aceptar la ventura que V. me ofrece.

—¡Oh, Dios mío! ¡hija de mi corazón! exclamó la madre con acento indefinible, con un acento que era un grito desgarrador, un presentimiento fatal.

—Señora, al punto á que hemos llegado debe decir á V. toda la verdad, Virginia es un ángel, Virginia sería mi eterna ventura, pero al salir de España hice un juramento que me impide pensar en otro amor.

—¡Ama V. ya!... —Si señora, amo á la mujer mas pobre y mas desgraciada del mundo.

Y el pintor contó á la marquesa la triste historia de la huérfana recogida en la calle, y á la que había ofrecido su mano.

—¡Oh! exclamó la anciana, no es esa huérfana tan desgraciada como mi hija. Ella, pobre, sin padres, sin nombre, tiene la esperanza de ser feliz; mi hija no tiene ninguna; ni los blasones de su familia, ni los millones de su dote le sirven de nada, ni el amor de su madre la podrá consolar, ni con mi vida puedo comprar su ventura.

—Señora, crea V. que siento profundo dolor oyendo esas palabras.

—¡Oh! añadió la anciana, estrechando entre las suyas la mano del pintor, es usted un hombre honrado... Por eso es mayor mi pena... El único hombre que he conocido á quien yo hubiera dado con alegría y sin temor la mano de mi hija, es precisamente el que no puede aceptarla.

—Señora, Dios lo ha dispuesto así. —No diga V. que Dios, la fatalidad, Dios hubiera querido ver unidos á dos seres que parecen nacidos el uno para el otro.

El marqués, amantísimo padre de Virginia, sufrió un gran desengaño al ver que el pintor no aceptaba la mano de su hija; hubiera sido para él una fortuna verdadera tener en su casa el gran artista y poderle llamar su hijo.

—Los pergaminos, decía el marqués, los títulos de nobleza no valen nada, y en nada los estimó; la única aristocracia que yo reconozco es la del talento. Mas dichoso sería yo casando á mi hija con un artista que con un heredero de un trono.

¿Y Virginia?... La pobre niña, agena á lo que pasaba, enamorada del pintor, y habiendo confesado su amor á su madre, esperaba, esperaba que el artista respondiese á aquel sentimiento puro é inextinguible que había hecho nacer en su corazón.

—Me ama, decía la pobre jóven, me ama... Dios no podría permitir que, amándole yo tanto, él fuese ingrato... ¡Oh! ¡si no me ama se, conozco que no podría vivir!...

Ya veremos que el presentimiento fatal de la desdichada jóven no era infundado.

EL HIJO DEL SACRISTAN

no es fruto del amor legitimo, la desprecia. A la que ha tenido valor para abandonar en medio de una calle al sér á quien ha dado la vida, ocultando así una falta con un crimen, la sociedad la honra y la considera, y acaso la asedia una turba de adoradores y acaso la dá su nombre un hombre honrado.

El jóven artista no olvidó un momento á la elegida de su corazón. En medio de tantas y tantas maravillas como veía, contemplando á toda hora las mujeres mas hermosas del mundo, viviendo con amigos, jóvenes como él, y amigos de divertirse, brindándole la suerte placere sin cuento, nunca olvidó á su pobrecita huérfana, á la que no tenia mas esperanza que él en el mundo.

No hizo un solo cuadro en que no pintase el rostro de su amada.

Ora pintase una reina, ó una pastora, ó una mendiga, ó una santa, siempre pintaba el rostro que veía constantemente en su imaginacion de enamorado.

Sus amigos advirtieron esta costumbre, y le dieron alguna broma, pero él les dijo:

—Todo lo sufro de vosotros, todo, á todos os estimo como á hermanos, por cualquiera de vosotros haré todo género de sacrificios, pero respetad mi amor, respetad la pureza y la grandeza de este sentimiento, que es mi esperanza y mi vida entera.

Y no volvieron sus amigos á permitirse la mas ligera broma, por el contrario, admiraron y respetaron aquel justísimo sentimiento, y mucho mas lo hubieran respetado y admirado, si hubieran sabido la historia entera de tan delicado y noble amor.

En el arte hizo prodigios; todos los mas famosos pintores le presagiaron triunfos sin número, y ofrecieronle grandes ventajas si se establecía en Italia, renunciando á volver á España.

Consultó con su madre y con su amada, y en caso de convenirlas, hubiese regresado á Madrid para acompañarlas; pero ella no quería salir de España.

La infeliz se quería alejarse del sitio donde acaso podría llegar á encontrar á sus padres.

Bastó esta indicacion para que el artista

renunciara á todas las ventajas que pudiera proporcionarle su traslacion definitiva á Italia.

Las cartas que recibía de su amada eran muy tranquilizadoras; en todas le manifestaba el mas profundo amor, y esto le estimulaba mas y mas para trabajar con empeño y procurar saber tanto como el que mas supiera del divino arte á que le había llevado su decidida vocacion.

Su talento, su gracia y su apostura le hicieron simpático á todo el mundo, y á pesar de su deseo de estar solo, absorto en sus pensamientos, en compañía de su amor y sus esperanzas, no pudo prescindir de frecuentar la mejor sociedad, pues desairando las invitaciones que se le hacían hubiera sido ingrato á las grandes muestras de consideracion que se le dispensaban.

Habia en Florencia una ilustre familia, cuyo jefe, dueño de una fortuna colosal, y grande é inteligente aficionado á las bellas artes, se complacía en el trato de los artistas distinguidos, y les dispensaba generosa y noble proteccion, encargándoles cuadros que, ó guardaba en su magnífico museo, ó regalaba á las iglesias ó á sus amigos intimos, con una prodigalidad pasmosa.

El marqués de la Rosa, que éste era el título de aquel noble personaje, visitaba diariamente los talleres de los artistas mas distinguidos, y, por consiguiente, no tardó en conocer al hijo de la viuda, de quien otros pintores le habían hablado con justos elogios.

Es de advertir que el jóven artista no escitaba envidia alguna entre sus compañeros, á pesar de ser mas notable su mérito que el de los demás; era uno de esos seres privilegiados que tienen la rara fortuna de no inspirar por do quiera mas que simpatías vivísimas; parecia como que sus compañeros gozaban en los triunfos de su amigo, cosa que, á la verdad, no sucede frecuentemente en el mundo.

Aquella poderosa inteligencia, aquel carácter franco y leal, aquel corazón de oro, aquella mano siempre propicia al bien no hallaban jamás enemigos, sino admiradores.

El marqués de la Rosa conoció al jóven y se aficionó á él en seguida; complacíase en



**TÓNICO ESTOMÁTICO. VIN DE BELLINI. APERITIVO FEBRÍFUGO.**

VINO DE PALERMO, DE QUINA Y COLOMBO.

EL MEJOR RECONSTITUYENTE y EL MAS PODEROSO REPARADOR DE LAS FUERZAS VITALES. Conviene á los niños débiles, á las mujeres delicadas, á los ancianos debilitados, como así mismo en las neurosis, las diarreas crónicas, las clorosis, etc.

(Abeja Médica, francesa y Gaceta de los Hospitales.)

Depósito en París, rue de la Feuillade, 7. En Lyon, calle de la Emperatriz, 9, y en las principales farmacias de Francia. Depósito general para España, farmacia del Doctor Simon, Caballero de Gracia, 3, donde podrán dirigir sus pedidos los demás señores farmacéuticos.

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 LICOR DE BREA CONCENTRADO

Escuela superior de Farmacia de París

**LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTRE GUYOT**

Medalla de Plata 1860

Farmacéutico

Único medicamento adaptado por los médicos de los hospitales de París, para la mejor preparación del Agua de Brea. Puede hacer uno mismo instantáneamente y con poco gaste el Agua de Brea. (Dos cucharadas grandes de este licor para un litro de agua, ó una cucharada de café para un vaso.)

Tos, catarrros, coqueluche, enfermedades de la vejiga, afecciones de la piel, etc.

Precio en España del frasco para preparar doce litros de Agua de Brea, 42 rs. DEPOSITO GENERAL EN PARÍS, RUE DES FRANCS-BOURGEOIS, 17 (an Marais).

Véndese en Madrid, en las farmacias de los Ss. Don José Simon, Borrell hermanos, Escobar, Moreno Miguel y Sanchez, Ocaña. — En provincias en las principales farmacias.

AGUA DE COLONIA.

Se vende á 8 rs. el frasco en el laboratorio, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

**LABORATORIO Y OFICINA DE FARMACIA DEL DOCTOR D. JOSÉ SIMON.**

ESENCIA Ó EXTRACTO DE ZARZAPARRILLA.

El objeto de este producto farmacéutico, es proporcionar en un volumen muy reducido una gran cantidad de los principios atemperantes y depurativos de la zarzaparrilla y demás leños sudoríficos que entran en su composición. Treinta gotas de la esencia, disueltas en media cuartillo de agua, son suficientes para formar en el instante un vaso de la tisana, evitándose por este medio el hacerla al fuego, operacion engorrosa, que pocos saben hacer debidamente; y sobre todo el tener que beber aguas cocidas, origen frecuente de indigestiones y de pesades, en el estómago. Es un excelente atemperante; y, ademas de emplearse contra la sífilis, las herpes y demas erupciones cutáneas, la usan ya en el dia hasta las personas mas sanas, para templar la fuerza ó crasitud de la sangre, tan necesario en la presente estación.

Los frasquitos, por su figura y tamaño, pueden llevarse en el bolsillo del chaleco, y cada uno contiene extracto suficiente para hacer veinte vasos de agua de zarza. El precio de cada frasco es de 10 reales vellón. A las personas de provincias que hagan sus pedidos desde veinte y cinco frascos para arriba, se les mandarán francos de porte y embalaje. Los señores farmacéuticos que no tuvieren aun en sus oficinas depósito de este producto, podrán dirigirse al referido laboratorio del Doctor D. José Simon, EN MADRID, CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, 3.

ESTÁ MAS QUE DEMOSTRADO QUE EL ACEITE DE HIGADO DE BACALAO ES EL MEDICAMENTO MAS PRECIOSO QUE SE CONOCE PARA RECONSTITUIR LAS NATURALEZAS ENDEBILES; PERO SU OLORES Y SABOR NAUSEABUNDO REPUGNAN FRECUENTEMENTE A LOS ENFERMOS. M. CHEVRIER HA HALLADO UN MEDIO DE EVITAR ESTE INCONVENIENTE DESINFECTANDO EL ACEITE DE HIGADO DE BACALAO POR UN PROCEDIMIENTO QUÍMICO, SIN QUITARLE NINGUNA DE SUS PROPIEDADES, CON CUYO MEDIO LAS PERSONAS MAS SUSCEPTIBLES LO TOMAN SIN DIFICULTAD. PRECIO DE LOS FRASCOS EN ESPAÑA.

**ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DESINFECTADO**

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO, natural desinfectado oscuro. . . . . 18 rs.  
 Id. id. id., ferruginoso. . . . . 20  
 Id. simple blanco puro. . . . . 24

París, farmacia de Chevrier, 21, rue Faub. Montmartre.  
 Depósito general Madrid, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, número 3.

ASMA OPRESION RONQUERA SOFOCACION

**CIGARROS INDIOS DE CANNABIS INDICA GRIMAULT Y C<sup>o</sup> FARMACEUTICOS EN PARÍS**

Todos los remedios preconizados hasta hoy para combatir el asma no han sido mas que paliativos, mas ó menos calmantes, con base de belladona, de estramonio ó de opio. Recientes experimentos hechos en Alemania y repetidos en Francia y en Inglaterra, han probado que el cáñamo indico de Bengala posee notables propiedades para combatir con éxito seguro, no solo esa terrible enfermedad, sino tambien la tos nerviosa, la intomnia, la tisis laringea, la ronquera, la estincion de voz y las neuralgias faciales. Apoyados en estos experimentos científicos, ofrecemos al público nuestros cigarrillos hechos con el extracto del cáñamo indico que nuestra casa importa directamente de Bombay. — Depósitos en Madrid, J. Simon, Borrell hermanos, Uzurrun, Moreno Miguel, farmacéuticos.

**FUEGO FRANCES.**

Es bálsamo resolutivo para los animales domésticos por Mr. Olivier, químico y farmacéutico en Chalons.—Sur—Marne.

Este bálsamo destinado á sustituir al «Fuego» en la curacion de las caballerizas es superior por sus efectos á todos los demás conocidos hasta el dia, y reune la ventaja de no dejar vestigio ni señal alguna como mas detalladamente se explica en el opúsculo que se proporciona gratis al que lo pida.

Este opúsculo contiene las aprobaciones de mas de 300 veterinarios franceses y belgas, entre los cuales figura Monsieur Franconi, veterinario de las caballerizas del Emperador de los franceses.

Depósito general para España, en Madrid, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

**SOCIEDAD GENERAL DE TRASPORTES MARITÍMOS POR VAPOR SERVICIO MENSUAL.**

Línea de Marsella á Gibraltar, San Vicente Pernambuco, Rio Janeiro, Montevideo y Buenos-Aires.

Saldrá de Gibraltar el 18 de Abril, el vapor **BORGOÑA.**

Admite pasajeros de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> clase, y mercancías. Pasaje de 3.<sup>a</sup> clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos-Aires, 1,248 rs. Acúdase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus corresponsales. En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

**FARMACIA DE BOGGIO.**

IRRIGADOR DEL DOCTOR EGUIER.

Ninguna de las chiso-bombas inventadas hasta el dia, presenta las ventajas de comodidad y solidez que posee el aparato que anunciamos, pues montándose como quien da cuerda á un reloj, marcha luego por sí solo á voluntad del que lo usa.

Su precio seis duros con su caja, y los nuevos resistentes á cien reales. Laboratorio, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

**EMBALSAMAMIENTOS.**

Se advierte á los habitantes de las provincias que tuviesen la desgracia de perder alguna persona de la familia y quisieren que su cuerpo fuese embalsamado por el Doctor Simon, remitan en seguida el aviso por telégrafo á su laboratorio, y tomen luego las precauciones que por igual conducto les seran comunicadas para mientras llegue aquél con sus ayudantes.

PRECIOS CONVENCIONALES.

148 FOLLETIN DE EL CASCABEL.

verle pintar, en departir con él sobre bellas artes y literatura, y llegó al fin á no poder vivir sin tan agradable compañía.

Ofrécíole habitación en su palacio, pero el artista no se atrevió á aceptar la oferta, y el marqués imaginó para tenerle cerca encargar le los retratos de toda su familia, que era muy dilatada.

¿Cómo habia de rechazar la ventajosa y honrosa proposición que se le hacia?

En toda la familia del marqués hizo la misma favorable impresion que en cuantas personas le trataban.

La marquesa, buena y respetable anciana, cuyo retrato fué el primero que hizo, llegó en poco tiempo á profesarle un cariño casi maternal.

El jóven la hablaba de su madre con un amor, con un entusiasmo, con un respeto, que ella, que era madre tambien, no pudo menos de conmoverse al hallar aquel modelo de afecto filial.

Concurría la circunstancia de que aquella santa mujer habia tenido cuatro hijos y los cuatro los habia perdido, quedándole solo otras tantas hijas. La buena madre le decia muchas veces:

—¿Cuánto daría yo por tener un hijo como usted! Dios no me ha querido dar ese inefable bien.

Y hablaba cierto consuelo en hablar con el pintor de sus cuatro hijos, arrebatados á la vida en cuatro dias durante una epidemia que hubo en la ciudad.

El jóven la consolaba, la tranquilizaba y la persuadía, tal es el poder del talento unido al sentimiento.

Todo el temor de aquella mujer era que muriese alguna de sus hijas.

—No sobreviviría yo á semejante desgracia, decía.

Y tenia razon, porque es imposible hallar cuatro criaturas como las hijas de la marquesa.

Eran cuatro lozanísimas flores, que Dios habia querido poner en el mundo para testimonio de su infinito poder.

Mudo y suspenso quedó el artista el dia que las vió, al encontrar una belleza supe-

rior, infinitamente superior á la que él se habia formado en sus sueños de artista.

—¿Qué angelicales criaturas tiene V.! dijo á la madre; comprendo, en efecto, que no pudiera V. sobrevivir á la pérdida de una de ellas.

—¡Ah! V. no sabe, amigo mio, lo que gozo y lo que sufro, lo que gozo al verlas, tan bellas y tan buenas, y lo que sufro cuando la mas ligera nubecilla empaña la purísima frente de alguna de ellas, cuando pienso que la muerte es la compañera inseparable de la vida, y que en un momento cierra los mas hermosos ojos, desfigura el mas bello semblante, y convierte en un monton de polvo el mas delicado cuerpo... El mas pequeño mal-estar que sienten, el alimento que toman, el calor, el frio, un balcon abierto, cualquier cosa, en fin, me preocupa, me hace temblar, me quita el sosiego para muchos dias... No somos nada, no tenemos fuerza ninguna, la mas mínima causa nos produce una enfermedad... Conozco que es la condicion humana; pero, ¿qué quiere V.? soy madre, y á veces hasta me quejo de que no haya un privilegio en favor de mis hijas por gracia especial de la naturaleza... Es una locura; pero, hijo mio, las buenas madres están siempre locas de amor por sus hijos. ¡Ah! tambien me hace sufrir mucho la idea de que ha de llegar tiempo en que mis hijas cumplan la ley general y se casen y se separen de mí. Esta idea me aterra, y paso las noches pensando en esto... ¿Quién sabe si sus maridos serán buenos? ¿quién sabe si las harán desgraciadas?... ¡Oh! esta idea me pesa como una losa de piedra... porque... ¿cuántos sacrificios tienen que hacer las madres! educan á sus hijas con el mayor esmero, con la mas tierna solicitud, con amor infinito, viven por ellas y para ellas, las aman sobre todas las cosas del mundo, les sacrifican la juventud, los placeres, la amistad, todo... y luego, un dia viene un hombre, un desconocido á quien no se ha visto nunca, que nada se le debe, que acaso es un malvado, y con una palabra de amor dicha al oído de una inocente, ésta le consagra todo su amor, y no piensa mas que en él, y no oye los consejos de su madre, y al-

guna vez el amor de su madre la importuna, y al fin le sigue, se entrega á él á la ventura, se resuelve á compartir su suerte, se espone á ser esclava de un ingrato, de un despota, y deja á la madre sola, sola con su amor infinito y su infinito dolor. ¿No es verdad que es horrible pensar todo esto, amigo mio?

—¡Oh! sus hijas de V. serán amadas por hombres buenos y honrados, porque lo merecen.

—Se ven casos muy singulares: ¡cuántas mujeres bellas, ricas, buenas, se casan llenas de amor y de esperanza, y luego se las vé abandonadas por sus maridos, que prefieren el falso amor de aventureras mujercuelas! ¿Quién es capaz de penetrar lo que se esconde en el corazon de ese monstruo de ingratitude que se llama hombre?

—No debe V. pensar en eso todavía.

—¡Oh! si señor, ¡no vé V. que las madres sabemos todo eso?... ¡No vé V. que yo misma me separé de los brazos de mi madre que me amaba como yo amo á mis hijas, para seguir á mi marido?... Es la ley natural ineludible, y al cumplir esa ley, las mujeres suelen equivocarse muchas veces.

—Tambien los hombres se equivocarán.

—Sí, tambien, pero es diferente. Un hombre, es libre siempre, un hombre puede hallar consuelo á la ingratitude de su mujer, en el trabajo, en los viajes, en la amistad... Una mujer casada, ó es feliz, ó es desgraciada. Si lo último, no hay desventura que con la suya se pueda comparar. ¡Y es tan fácil que un marido se extravie! Dado el primer paso, ¿quién sabe á dónde llegará?... Usted no conoce el mundo todavía; V. no ha visto los matrimonios que yo he visto... V. no sabe de lo que es capaz el mundo.

—¡Oh! y me alegro de ignorarlo.

Estas conversaciones estrecharon el mas puro afecto entre aquella anciana madre y aquel hijo modelo, y muchas veces pensaba la buena señora:

—Si, á lo menos, los maridos que diera á mis hijas fueran como el pintor.

Terminado el retrato de la madre, tocó el turno al de la hija mayor, jóven de veinte

149 EL HIJO DEL SACRISTAN.

años, que era un encanto, como todas, segun he dicho.

Virginia, que así se llamaba, experimentó tambien la influencia que ejercia el artista en cuantas personas le veian, y lo que al principio fué simpatía se convirtió en poco tiempo en verdadero amor.

Era natural, ella era buena sobre todo en el crecimiento, hermosa, discreta y sensible, y habia de amar á quien presentaba carácter tan análogo al suyo, á quien sentia como ella sentia y pensaba como ella pensaba.

El destino se complace á veces en destruir lo mas bello.

Aquellos dos corazones habian nacido uno para otro, pero la fatalidad se habia interpuesto, y no pudiendo ya unirse aquellos dos corazones, era su destino vivir y morir pensando separados.

Pronto conoció el artista el sentimiento que nacia en el corazon de Virginia y tembló pensando que habia ide á aquella casa á hacer desgraciada á una criatura digna de toda la felicidad posible en el mundo.

Dejó de ir algunos dias á la casa del marqués, y este fué á buscarle y á llevarle por fuerza, porque desde que él no iba, estaban su mujer y sus hijas tristes y apenadas.

El no podia descubrir el motivo que le habia obligado á retirarse, y no tuvo mas remedio que volver.

Ya habia conocido la madre lo que pasaba en el corazon de su hija, ya la habia interrogado, y Virginia que no sabia fingir, ni podia ocultar á la madre á quien veneraba, sus mas recónditos pensamientos, le habia confesado que amaba al pintor.

La marquesa conoció que era cuestion de vida ó muerte para su hija, y, es claro, lo que ella le queria era que su hija viviera.

Su hija pertenecía á la mas legítima nobleza; tenia una fortuna inmensa, y el pintor no era aristócrata ni rico, pero era la marquesa una mujer de clarísimo talento, y no posponia la ventura de la que era su sangre misma á una ridícula vanidad.

El pintor era un hombre honrado y de talento, ¿qué le importaba á ella lo demás?... Convencida de que él no hablaría, de que